

NIETZSCHE Y LA EXPERIENCIA TRÁGICA DEL ABSURDO. (PENSAMIENTO Y SISTEMA DE FICCIONES FRENTE A LA INCERTIDUMBRE

Felipe Curcó

*¡Caiga, pues, sobre mí, el afilado rizo del fuego;
conmuévase el éter con el estampido del trueno y
el huracán de los vientos desatados; que la
tormenta sacuda la tierra en la raíz misma de sus
hondos cimientos; que invadan las olas del mar
con bárbara furia los celestes caminos de los
astros; que arrastre mi cuerpo el irresistible
torbellino de la necesidad hasta el fondo del
negro Tártaro! ¡Como quiera, no podría darme
por vencido!*

Esquilo, *Prometeo encadenado*

Hay una expresión recurrente alrededor del tema absurdo. Consiste en hacer de la incertidumbre el lugar de donde suele surgir lo mejor o lo peor que cada ser humano lleva consigo. Y es que la inseguridad nos mueve a falsedad y a cometer actos de cobardía, pero también a la posibilidad de enfrentar lo incierto de forma gallarda y segura.

Desde esta perspectiva, pareciera que el mundo emerge siempre desde celajes que oponen al círculo de lo determinado una niebla vacía de oscura indeterminación poblada de intuitivas presunciones o posibilidades. Un nebuloso horizonte que necesaria e incesantemente se extiende ahí, tanto sobre el espacio como por la secuencia del tiempo, en una red de rumbos desconocidos e inciertos. Por ello quisiéramos que el mundo no girara, que a cada paso que diéramos pudiéramos estar seguros de encontrar un piso seguro y firme que nos brindara –al contrario de lo que sucede con los traidores– la seguridad de no escapársenos o de aprovechar el descuido y la indecisión para derribarnos o detenernos. Todos pedimos por la confianza de signos fijos y constantes que –provistos de la seguridad que habitualmente buscamos en nuestros actos y palabras– prometan protegernos de la vida agitada del presente. Padecemos, dice Nietzsche, – unos más, otros menos– de una

extrema sensibilidad para el dolor que pueda deparar el futuro, de una recargada irritabilidad que no quiere ser tocada porque siente, a semejanza de esa extraña patología del sentido del tacto que hace retroceder ante el menor roce, cualquier arribo con demasiada viveza. La caoticidad de la existencia levanta frente a los ojos un velo de temor y debilidad que amenaza tambalear nuestro frágil estar de pie . De esta manera, la necesidad de defensa surge por la añoranza de un universo con límites definidos. En tanto que la búsqueda de certidumbre pareciera suponer un esfuerzo por erradicar las irregularidades de un mundo que en primera instancia escapa a nuestra comprensión, el logro de seguridad entraña una lucha, un intento creativo que sólo puede acabar en plenitud o en decadencia, en la muestra de lo mejor o peor que cada quien lleva consigo.

En la experiencia trágica la conciencia de la realidad cotidiana se vuelve negra, el asomo a la “horrenda verdad”, como la llama Nietzsche, devela la naturaleza absurda y caótica de la existencia. En la medida en que el dolor y el sufrimiento conducen a un desafío interno entre las fuerzas que nos amenazan y la propia voluntad que busca dominar por sobre esas mismas fuerzas, en estas páginas quisiera detenerme a pensar en la vitalidad inventiva que el propio pensamiento de Nietzsche representa a través de su descripción de los distintos modos interpretativos y de ficciones que surgen como reacción al absurdo.

1. El mundo de Ficciones

Sostiene Nietzsche, sin duda todavía bajo la influencia de Schopenhauer, que para garantizar la supervivencia del animal humano en medio de una naturaleza hostil, el intelecto, en tanto facultad o medio de asegurar la conservación del individuo, desarrolla sus principales fuerzas en la representación. El hombre se nos revela como el animal que hallándose en una situación de mayor debilidad que muchos otros y que las fuerzas naturales superabundantes, desarrolla una especial facultad de crear ficciones útiles. Por eso es que en el ensayo sobre la verdad¹, nuestro autor devela al mundo como un mundo necesariamente de engaño, ilusión, perspectiva, apariencias. El universo de la apariencia delimita, a través de sus formas, los entornos que rodean y sostienen al ser de lo real. Más allá de estas formas no es posible hablar con sentido de una realidad nouménica o

¹ *Crf.* Nietzsche, F. “Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral”, en: *Antología de Nietzsche*. Península, Barcelona.. 1991.

justificable de suyo. Inferir una causa o realidad existente fuera de nosotros -dirá el propio Nietzsche en su ensayo- “es ya el resultado de un uso falso e injustificado del principio de razón”.² El noumeno kantiano, la “cosa en sí” como verdad pura y directa, es para el intelecto creador de ficciones o sentidos totalmente inaprensible, por lo que en absoluto merece sus esfuerzos. Por ello este intelecto no reconoce en la naturaleza, hechos, géneros o sucesos, si no tan sólo conceptos, formas e interpretación de hechos. La verdad no es algo a lo que se tenga acceso directo, sino más bien un móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos, relaciones que con el uso se han enmohecido y después de un prolongado período han aparentado ser fijas, constantes, reales, de ahí que:

“[...] las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su imagen y que ahora ya no se consideran como monedas, sino como metal”³

En tanto sobreabundancia y multiformidad plástica formadora de apariencias, sentidos y significados siempre nuevos, el poder de configurar y trazar los contornos de lo real puede dar lugar a cualquier modo de representación de la propia realidad -incluso a la idea misma del ser como cosa en sí, verdad, identidad; que desde luego pertenece, según Nietzsche, a una de las tantas maneras e interpretaciones en que el mundo puede ser pensado. El mundo de la apariencia definido mediante las fuerzas capitales del intelecto en la ficción o representación del mundo⁴ no es algo que nos pertenezca por naturaleza, sino algo que se asume deliberadamente en consideración de algún fin, impelidos por alguna necesidad. Todas las “verdades” son “ficciones”; todas las ficciones son interpretaciones; todas las interpretaciones son perspectivas -dirá Nietzsche. Lo que interesa aquí, sin embargo, es ver como la ficción está ligada en cualquier caso a una voluntad de lucha por existir, de deseo por significar y descollar al mundo, deseo que puede cubrir -dependiendo

² *Ibid.* p.43

³ *Ibid.* p.45

⁴ *Crf.* Váttimo, G. *El sujeto y la máscara*, Península, Barcelona, 1991. Cap.II Váttimo describe este sistema o conjunto de representaciones, símbolos o apariencias, como una especie de máscara. El concepto de máscara es usado por Váttimo con el fin de explicar la idea -ya expuesta- de que al fondo de la existencia no es posible mirarlo directamente. La máscara sugiere la transfiguración de la realidad. En la naturaleza de las cosas no hay hechos, sino interpretación de hechos. La voluntad crea, interpreta, hace al mundo, y al hacerlo lo modifica y transforma.

de un caso a otro entre individuos- sentimientos débiles y temerosos, o bien por el contrario, una voluntad no decadente constituida por fuerzas decididas y valientes. El conocimiento, la imaginación, son por supuesto entonces, procesos de interpretación que están basados en las necesidades vitales y que expresan el deseo de controlar el flujo caótico del mundo. La caoticidad del mundo se devela en su agresividad, y ésta a su vez, en nuestra aprehensión por elaborar esquemas e imponer orden y forma a la multiplicidad de sensaciones e impresiones con la amplitud que nuestras necesidades prácticas exigen. La prueba de que el mundo carece por sí sólo de sentido alguno, radica en el hecho de que todo hombre se ve obligado a lanzarse sobre él tejiendo una red de intenciones y significados. Si el mundo tuviera una intención, no habría necesidad de intencionarlo, si expresara un significado, no habría porqué significarlo.

La imaginación obra, por tanto, como un instrumento de poder al servicio de la voluntad. El deseo de conocimiento, la voluntad de saber, depende de la voluntad de poder, es decir, del impulso de un número determinado de seres de dominar un cierto ámbito de la realidad y ponerlo a su servicio. El objetivo del conocimiento -en tanto que ficción o apariencia-, no es saber, en el sentido de comprender la verdad absoluta en sí misma, sino controlar. Es así como la ficción se muestra ligada al temor, a la inseguridad, pero también a la lucha por dominar a la existencia.

El conocimiento -ya se mencionó- se devela bajo la idea antihegeliana de la imposibilidad de lograr un estado de coincidencia absoluta entre ser y conciencia⁵. La asunción de la antigüedad clásica como modelo, permite identificar cualquier tipo de saber con Apolo, la divinidad de la luz, “el resplandeciente”⁶, quien tiene el pleno dominio de la exterioridad de lo real; de la bella apariencia del mundo interno de la fantasía. De este modo, si concebimos nuestra existencia empírica y también la del mundo exterior como una eterna representación incapaz de llegar a lo esencial, nosotros, que estamos completamente presos en esa apariencia, consistimos en ella, y sólo a partir de ella nos enfrentamos a lo absurdo. Dado que Apolo remite a Dioniso, al juego de fuerzas al que debe su origen, es este último quien estimula al hombre hasta la intensificación máxima de

⁵ Como de suyo es claro, esta es desde luego, la razón para hablar de “apariencias o ficciones”: si el conocimiento nunca alcanza a su objeto, a la realidad, ningún saber puede tener más pretensión que la de constituirse como ficción del mundo, como una interpretación capaz de configurar un diseño posible de lo real.

⁶ *Crf.* Nietzsche, F. *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, 1989. p. 42

todas sus capacidades simbólicas, permitiendo de alguna manera justificar la actividad y la creación de un mundo aparente de representaciones. En la reconciliación de ambas divinidades, la lucha por asimilar y dominar el carácter intempestivo de la existencia deviene en una *transfiguración* que busca mitigar el impacto doloroso de la oscuridad caótica a través de la máscara apolínea, a la que Nietzsche refiere diciendo:

“aquellas aparentes imágenes de luz [...en] lo apolíneo de la máscara, son productos necesarios de una mirada que penetra en lo íntimo y horroroso de la naturaleza, son, por así decirlo, manchas luminosas para curar la vista lastimada por la noche horripilante”⁷

Este deseo por amoldar y asimilar lo existente a la imaginación del espíritu, debe dar lugar a formas peculiares de máscaras que, con su divergir de la cosa en sí, dan lugar a modos tanto decadentes como no decadentes de representación.

De esta manera, es posible comprender el surgir de la ciencia como un sistema apolíneo de ficciones decadentes que, en el acto de camuflarse y de excogitar ficciones útiles para conservar y desarrollar la vida en un mundo hostil, refleja una voluntad dionisiaca de ocultamiento, un contenido manifiestamente falso en un discurso encubridor de lo real.

Por ello, precisamente la ciencia, con su precisión y también su utilidad vital, deviene en obstáculo a superar en el camino hacia la *actitud heroica*, lo que hará que aquella, sea ulteriormente amenazada por la misma facultad ficticia y metaforizante de la que nació.

2. Ciencia y ficción

La ciencia surge mediante ese impulso fundamental del hombre tendiente a la elaboración de lenguajes, metáforas y significados, que ni por un instante puede suspenderse sin la suspensión del hombre mismo. Como sistema de organización, desarrollo y consolidación, la ciencia intenta prescribir en cierto modo un orden al mundo de la experiencia. Junto con este discurso surge también un mundo regular y estable en el

⁷ *Ibid.* p.89

que los caracteres caóticos y abismales son expulsados de la existencia. Esta ficción debe ser entendida como una génesis apolínea de apariencia que se esfuerza en defenderse de la caoticidad del devenir mediante el encuentro con patrones fijos y estables. Este proceso tiende a explicarse como una fuga desde el caos hacia el mundo previsible de las formas definidas. El temor, la debilidad, la necesidad de defensa, son todos ellos aspectos de un mundo puramente luminoso y ordenado que se anuncia a través de un discurso decadente. El lenguaje científico se ornamenta de mentira y engaño debido a que no es capaz de reconocer divisiones, interrupciones y descomposiciones azarosas y enigmáticas en el mundo, lo que queda patente cuando Nietzsche proclama:

“¿De dónde todo ciencia? ¿Cómo? ¿Acaso es el científicismo nada más que un miedo al pesimismo y una escapatoria frente a él? ¿Una defensa sutil obligada contra la *verdad*? ¿Y, hablando en términos morales, algo así como cobardía y falsedad?”⁸

Así, la vida guiada por la ciencia deposita la voluntad y los valores en un barco de papel que se olvida del río del porvenir. Nietzsche advierte que, contrario a los ideales de estabilidad y de fijeza, el río está infestado por cauces que no conducen a ninguna parte, que no anticipan ni prometen resultado o destino alguno. Cuando se anquilosa de tal modo el sentido, cuando el discurso o la ficción teórica sirve a lo muerto, a lo que ya no se mueve, entonces tiene que dejar de haber en las cosas novedad y diferencias de valor que se relacionen unas frente a las otras, dejando lugar sólo a dimensiones y proporciones que minan la continuidad vital y momifican la vida. La pretensión de inmortalidad intenta detener al mundo. Introduce en él la expectativa -claramente descrita y manifiesta en el texto de las *intempestivas*-⁹ de que sobre lo viejo sólo se ha de alzar lo viejo. Este mundo de representaciones aspira a predecir el futuro, porque desea que lo pasado, lo presente y lo por venir, actúen siempre bajo los mismos patrones y sean, por tanto, una y la misma cosa,

⁸ *Ibid.* p.27

⁹ *Cf.* Nietzsche, F. *Consideraciones Intempestivas. Antología de Nietzsche*, Península, Barcelona, 1991. Me refiero aquí sobre todo, a la crítica que Nietzsche hace en la segunda *intempestiva* de la historia que revive y presenta los efectos de modo *monumental*, describiendo al pasado como algo digno de emulación y repetición. A través de ella -nos dice Nietzsche- el hombre cree que podrá “aprender en seguida del mismo

de modo que dentro de cualquier diversidad o movimiento aparente se mantengan siempre idénticos o unidos.

Mas por mucho que los ideales de estabilidad y fijeza permanezcan en la inmovilidad de su armadura y persistan en su empeño de asirse a la certidumbre que nos proporciona lo fijo, negando así, el carácter esencialmente impredecible de lo real, tarde o temprano se enfrentarán al hecho de que “nunca jamás puede salir nada absolutamente idéntico en el juego de dados del futuro y del azar”¹⁰. Agazapado frente al sueño de lo inmutable, siempre se esconde pues, subrepticia, la posibilidad del temblor, del cambio, del choque que haga estrellar aquellos falsos anhelos contra la pared.

Ciertamente además, el hombre deja de reconocer el móvil de metáforas, antropomorfismos y ficciones conque día a día traza el dibujo aparente de lo real. Después de un prolongado uso, las verdades le parecen ciertas, fijas, olvidando que éstas se caracterizan por ser, justamente, ilusiones de las que se ha olvidado que lo son. Es así como el hombre genera un discurso al que se somete. Un discurso que lo enajena y se apodera de él, obligándole a desconocerse frente a ese uso ficticio y llevándolo a creer que, en realidad, se halla frente a una estructura impersonal de ser. El saber de la ciencia se convierte -dentro de este ámbito de representaciones- en una especie de religión dogmática que se vuelve hostil a la innovación, a toda tentativa audaz y caótica, al esfuerzo libre del mundo. Se opone a todo vuelo rumbo a lo desconocido, porque allí no se sabe de amor ni de esperanza. En una palabra: al negar el devenir, miente acerca del valor de la existencia.

3. La ficción de lo impredecible

En vez de que a cada paso sintamos la necesidad de un suelo firme, imaginemos que el suelo retrocede ante nosotros hacia lo incierto, que en la vida ya no hay soportes, sino tan sólo telarañas que desgarran cada nuevo agarre del conocimiento. La vida puede ser comprendida, entonces, bajo otro sistema de interpretaciones que conciba a lo existente no ya como un continuo estable y fijo, sino como una pluralidad de fuerzas unidas por un proceso de agitación, choque y transformación constante.

ejemplo otra lección” (p.65); como si la vida se desarrollara siempre bajo los mismos esquemas, como si nunca pudiera salir nada nuevo de lo viejo.

¹⁰ *Ibid.* p.65

Si el surgir de la ciencia encuentra su génesis en el temor y la inseguridad, el conocimiento -como sistema distinto de ficciones- del carácter devenido y deviniente de todas las cosas, se formula en expresiones que comparten y se identifican con el carácter oscuro, móvil y fugaz de todo cuanto existe. La ciencia -se dijo- nace como un conjunto de interpretaciones útiles para conservar y desarrollar la vida en un mundo hostil. Sin embargo, enfrenta la aporía de negar un aspecto central de la realidad: su carácter desmesurado y desbordante. Frente a esto, Nietzsche propone un modelo distinto de apariencias: la vida es ahora concebida como poder exuberante y caótico. La existencia -para Nietzsche-, no puede ser pensada como un esfuerzo substancialmente destinado al olvido del pasar y del perecer. La aversión y el temor a este pasar y perecer son el modo de ser del hombre en época de decadencia, la cual inhibe en él, la liberación de una fortaleza y un vigor que no se contenta con haber alcanzado un plano relativo de seguridad y bienestar. Y precisamente no se contenta, *porque no eran únicamente* el temor y la necesidad las cosas que lo impulsaban a utilizar su fuerza metaforizante para crear un mundo de representaciones que lo protegieran del desorden y del caos. La vida no puede ser tan sólo, por ello, exigencia de conservación y desarrollo, sino también de *poder, de heroísmo*.

El factor esencial del proceso consiste precisamente en el tremendo poder para crear y construir nuevas formas metafóricas y expresivas desde nuestro interior, no únicamente en el adaptarse y protegerse del medio ambiente, al menos que sea para utilizarlo y dominarlo en todas sus manifestaciones. Entender la génesis de la ficción o el sentido apolíneo sólo como esfuerzo de defensa contra la caoticidad de la existencia, tendría la implicación de reducir ésta al instinto de conservación. El instinto de conservación puede obrar para protegerse mediante distorsión, negación u ocultamiento. Pero justo porque la vida no se reduce a él, es que la voluntad busca fortalecerse frente a la plenitud de lo existente, desafiando, por así decirlo, los abismos impenetrables y crueles del devenir con el fin de vencerlos y sobreponerse a ellos; no para, -como en el caso del juego de símbolos que busca representar tan sólo la parte confiable de la existencia, ignorando la otra- esquivarlos y deslizarse incógnitamente en medio de una ceguera que se pretendiera ignorante, sino para asumirlos y aceptarlos tal y como se presentan. De manera que el desprecio al reino de la estabilidad, a los rasgos constantes y permanentes que la ciencia pretende encontrar en el mundo, y el retorno al mundo de las formas vitales e impredecibles, no se justifica tan sólo con el

impulso entendido como temor, dolor o necesidad, sino que exige que se recurra a una noción distinta: a una noción de actitud heroica frente al absurdo.

Se trata de reencontrar, más allá del temor y la inseguridad, un mundo de libertad y creatividad, de realizar la desbordante alegría que se manifiesta en la capacidad de crear, dejando de lado la producción de ficciones defensivas y encubridoras. La experiencia trágica del absurdo deja en nosotros el consuelo no decadente de que “en el fondo de las cosas, y pese a toda la mudanza de las apariencias, la vida es indestructiblemente poderosa y placentera”¹¹. La fuerza demoledora de la exaltación permite superar el mundo de divisiones y falsedades, asumiendo y logrando una completa identificación con el mundo de la transformación y el ser continuamente distinto, redimiendo así, todo elemento de mentira, engaño u ocultamiento. Es una capacidad de producir el mundo de apariencia como mundo cambiante de la vida, logrando por esta vía la identificación del ser con el devenir de las apariencias mismas. De este modo:

“Nos vemos obligados a sentir [la apariencia] como lo verdaderamente no existente, es decir, como un continuo devenir en el tiempo, el espacio y la causalidad, dicho en otras palabras, como la realidad empírica”¹²

Lo que por tanto Nietzsche intenta es sustituir un mundo de ficciones por otro. Tanto la búsqueda de lo permanente, como la identificación con el cambio, la tranquilidad para el ser rígido, inmóvil y predecible, o la inseguridad y angustia frente al ser caprichoso, etéreo y volátil, no concierne ni vuelve la vista al ámbito de las verdades en sí. Por el contrario; se trata en ambos casos de concepciones e interpretaciones que tan sólo manifiestan diferentes actitudes o fuerzas vitales que se esconden detrás de ellas. Y únicamente un devenir que desea ser visto como tal, un mundo de ficciones que tome en cuenta la incesante presencia de la inestabilidad, revela en su interior una actitud vital dispuesta al heroísmo.

4. La actitud heroica frente al absurdo

¹¹ *El nacimiento de la tragedia. Loc. Cit.* p.77

¹² p.57

La fe o creencia en el absurdo, llama a una libertad apolínea y creadora -y por eso artística- que aprende a organizar cada abismo de diferente manera. Cada hombre lleva en sí su propio caos, y con él, la posibilidad de aprender a intencionar todos sus desórdenes, -expresándolos en la actividad apolínea que en cada caso define la individualidad. Sujetarse al propio mundo de ficciones es ya de por sí un tipo de fidelidad hacia la propia personalidad. Por ello es que Prometeo, al robar el fuego a los dioses, no se arrepiente ni pide perdón, por el contrario, dice orgullosamente: “prefiero estar encadenado a esta roca, antes que ser el siervo obediente de los dioses”¹³.

Como presuponer patrones fijos a todas las subjetividades entrañaría la sujeción de todas ellas a moldes igualmente fijos establecidos para todos, es que Nietzsche desemboca justamente en la moldeabilidad de lo que precisamente no encuentra todos sus entornos definidos y acabados de modo definitivo la posibilidad de que se encuentren las condiciones más dignas de la vida. Así advertimos en el escrito sobre la tragedia que el temor del que nacen las apariencias apolíneas deja de estar emparentado al dolor, terminando por identificarse con una especie de divina e impredecible sobreabundancia múltiple de la vida. De este modo, el mundo de ficciones dionisiacas no devora ya a la existencia, ni la obliga a ser un esfuerzo substancialmente destinado al fracaso de sobrevivir, deteniendo, o incluso sólo olvidando por un instante, la terrible realidad del pasar y el perecer. Al asumir el carácter inestable que rodea todos los contornos de lo real, y al hacer de éste lo propio, una especie de llamado heroico transfigura desde su fondo a la existencia, liberando a lo dionisiaco y a sus fuerzas subterráneas del mundo de ficciones que lo mantenían inerte y preso en un desierto de objetos desolados y muertos. Cuando ello ocurre no podemos más que exclamar:

“¡Cómo cambia de pronto ese desierto que acabamos de describir tan sombríamente! [...] Un viento huracanado coge todas las cosas inertes, podridas, quebradas, atrofiadas, las envuelve, formando un remolino en una roja nube de polvo y se las lleva cual un buitre a los aires. [...] La tragedia se asienta en medio de ese desbordamiento de vida, sufrimiento y placer, en un éxtasis

¹³ Esquilo. “Prometeo encadenado”. En: *Esquilo tragedias*. UNAM, México, 1996.

sublime, y escucha un canto melancólico [...] cuyos nombres son: Ilusión, Voluntad, Dolor”¹⁴

De aquí no se extraen alegorías pero sí signos de advertencia: las irregularidades de un mundo que escapa a nuestra comprensión, la extrañeza de ese azar que todos conocemos y que irrumpe enloquecido a mitad de nuestro camino, es eso lo que impele nuestra sed de ordenación y dominio. Lo heroico obliga a vencer este caos, el propio desorden interno, integrando la vitalidad a un contexto y sucesión dentro de los cuales pueda cobrar sentido.

Es el impulso ciego y azaroso, finalmente, el que nos separa y nos incita a desbordarnos incesantemente en manifestaciones que reflejan nuestra propia individualidad. Y es justamente el intento por ocultar este impulso, el que -en términos de Heidegger- nos hace precipitarnos en lo uno múltiple, en el imitar y reproducir, en la tentación de buscar los criterios formados y seguros, lo ya normado, lo estable, lo quieto. Váttimo¹⁵ ha caracterizado esta existencia sometida como propia del ser unidimensional dibujado por aristas meramente racionales, superficiales, abstractas. Para Nietzsche este es el hombre que ya delineaba su época: el ser empobrecido que no sabe tomar iniciativas y se enmascara asumiendo roles estereotipados, “máscaras con una sola expresión”. Semejante actitud se define por un estado de falsedad con respecto a todo aquello que entraña una necesidad o un interés genuino. Por ello dice:

“La honestidad, el carácter competente y veraz tiene que revelarse tarde o temprano contra el imitar, el copiar y el reproducir como comportamiento exclusivo; llegará entonces el hombre a comprender que la cultura puede ser otra cosa que una *decoración de la vida*; palabra que encubre, en definitiva, mero fingimiento e hipocresía; pues todo adorno oculta lo adornado”¹⁶

El camino genuino no lleva ni conduce a ningún lado. Tampoco ofrece líneas, vetas o fines estables y fijos: es un constante destruir para construir, lograr un orden para esperar el

¹⁴ *El nacimiento de la tragedia. Op. Cit.* p.164

¹⁵ *Crf. Váttimo, G. El sujeto y la máscara. Op. Cit.* Cap II.

¹⁶ Nietzsche, F. *El nacimiento de la tragedia.* p.150. Citado por Váttimo.

desorden. El héroe trágico se enfrenta constantemente a la posibilidad del derrumbe. Casi se podría creer que en su enfrentamiento contra el absurdo no cabe el arrepentimiento ni la culpa; sino la búsqueda de más incertidumbre, más sensaciones de miedo, más temblores de tierra. Al fin y al cabo el error no es sino otra de las tantas formas externas en que se manifiesta la incertidumbre de lo impredecible. Así se lee el siguiente diálogo en Esquilo:

“ – ¿Cuál es tu esperanza? ¡No ves que has errado! [...]

– que iba a errar ya lo sabía yo. A sabiendas erré, de voluntad erré y a voluntad seguiré errando.”¹⁷

De este modo responde Prometeo ante la insistencia del coro, responde así también ante lo no-estático, lo inestable; lo que en cualquier momento puede resultar incorrecto y derrumbarse.

Se este escrito fuese fiel así mismo no pretendería llegar a ningún lado, a ninguna conclusión definitiva. Porque parafraseando a Magrelli podemos decir que cuando un bosque está en llamas, tras el espasmo de la luz y la ceniza, hay que limpiar el suelo, cuidarlo, cultivarlo, y esperar con afectuosa cautela a las nuevas plantas... hasta que nuevo incendio aparezca de nuevo.

¹⁷ *Prometeo encadenado. Op. Cit.* p.19